

INTRODUCCIÓN

Por
ALFREDO ROGGIANO
University of Pittsburgh

En Iberoamérica se cultivaron todos los métodos y tipos de crítica literaria comunes en Europa, cuyos modelos se han seguido con preferencia. Ya en el siglo XVII el primer crítico nacido en la América hispánica, Juan de Espinosa Medrano, desmonta el barroco de Góngora con una aproximación estilística, y en los albores de nuestra emancipación de España humanistas como Medina y Juan María Gutiérrez practican la erudición como forma de la crítica histórico-literaria. En todo caso se privilegiaba el texto como creación de prestigio para fundamentar una posible tradición cultural y artística. La difusión de la ideología iluminista y el liberalismo político-económico que alentaron las rebeliones separatistas de comienzos del siglo XIX abrieron el camino a la acción, y el hecho literario se incorporó al proceso total de los cambios de vida y cultura con fines a la organización de un mundo nuevo. De pronto el hombre de la América hispánica ve removida su pasividad en favor de una participación en el nuevo proceso formativo de las insurgentes repúblicas. Una recién nacida conciencia de ser le indica que ahora tiene una misión y un destino que cumplir. Se sabe ahora miembro activo de la *polis* y toma la decisión de ser intelectual, político, periodista, escritor, representante del pueblo, legislador, caudillo, dictador o presidente de república. Aspira a que las naciones que se están formando como resultado de la fragmentación del imperio español puedan lograr la totalidad o el máximo de emancipación, pero también albergan la duda de que otra dependencia puede interferir en sus legítimos designios. Y se hace crítico, en un insoslayable comienzo cartesiano: pienso, luego soy; *to be or not to be*, fatal disyuntiva con la que Nuestra América entra en la modernidad. Desde entonces puede decirse que el pensamiento, la crítica, literaria o no, de Iberoamérica (porque debe incluirse también el Brasil) no ha tenido más que la siguiente alternativa: ser *idealista*, lo que equivale a pensar en una utopía en donde la libertad y la independencia quedan a merced de insondables guías del poder internacional, o ser *realista*, o sea, tomar conciencia del drama que le espera, comprometerse con un destino propio, auténtico y libre, ser o no ser. Fue la gran lucha del siglo XIX hispanoamericano, desde la lúcida visión de adaptación transformadora de Esteban Echeverría y la trágica denuncia del *Martín Fierro* hasta las advertencias al "coloso del Norte" de

Darío y Martí. El siglo se cierra con la amarga ironía de un “canto errante” al progresismo liberal como dádiva que pretende justificar todas las conquistas y sumisiones perpetradas en esa realidad que “aun reza a Jesucristo y habla el español”. Y así “somos” y, al parecer, seguiremos “siendo”. Escila y Caribdis en nuestra vida, en nuestra economía, en nuestra política, en nuestra cultura, en nuestro arte, en nuestra literatura, en la crítica que intenta valorarla, y hasta crearla, como se ha dicho. Y en esta búsqueda, que es más duda que certeza, todas las salidas son posibles y legítimas.

En lo que respecta estrictamente a la crítica literaria, las búsquedas y salidas han tentado todos los caminos: en la línea formal, inmanentista, de crítica interna del texto, hemos tenido aplicaciones del “New criticism” norteamericano (Afrânio Coutinho en Brasil, por ejemplo); también en Brasil, la semiología tiene sus maestros en la Universidade de São Paulo. En el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires se formó un grupo importante que trabajó en la estilística y otros aspectos de la crítica lingüística; y hubo aquí y allá existencialistas, psico-simbólicos, fenomenólogos y seguidores de “la nouvelle critique”, el estructuralismo, etc. En la línea que explica el texto por sus referentes, mensajes, acusaciones y deseos de transformar el mundo y de cambiar la vida, lo más abundante ha sido la sociología de la literatura y las diversas aplicaciones del materialismo dialéctico, desde el marxismo más ortodoxo al revisionismo neo-marxista que viene de la Escuela de Frankfurt o va a la semiótica de la cultura o al psico-análisis lacaniano. Así, hemos tenido lukacsianos, goldmanianos, althusserianos o gramscianos por un lado, y formalistas a la rusa, estructuralistas a la checa, barthianos, jackobsianos o derridianos, por otro. También tradicionalistas a la española, tipo siglo XIX, o deterministas a lo Taine, historicistas, anti-historicistas y, por casualidad, algún nacionalista imbuido de positivismo ingenuo o de romanticismo a deshora. Nunca se ha probado tanto, en ninguna parte, la relatividad e imprecisión de la crítica literaria, así como sus intencionales “falacias”, como en este vértigo del Nuevo Mundo. La *Revista Iberoamericana*, órgano oficial del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, desde que se fundó, en 1938, ha registrado todas esas formas de crítica y ha sido un vocero respetuoso de todos los credos, gustos y disgustos literarios. Pero como la mayor parte de sus miembros, en general profesores universitarios de América y de Europa, han mostrado preferencia por los métodos de crítica interna, la atención por los problemas socio-políticos vistos a través de las obras literarias ha estado a menudo ausente de nuestras páginas. De esto se habló durante el XIXº. Congreso de nuestro Instituto celebrado en Pittsburgh a fines de abril de 1979; y de esas conversaciones surgió la sugerencia de preparar un número especial de la

RI dedicado a reunir, en un *corpus ad-hoc*, al mayor número de *scholars* consagrados a la crítica que ve en la literatura los efectos y cambios del proceso social o, como indica el título de un reciente libro de Carlos Rincón, *El cambio en la noción de literatura*, que Iván Uriarte comenta en este mismo *corpus*.

No se trata de aceptar cándidamente *otra* crítica literaria, sea nueva o no, sino de reconocer que en los últimos años se ha venido desarrollando una búsqueda crítica de la literatura latinoamericana cuyo propósito es el intento de superar la usual bifurcación del estudio literario canonizado en la arbitraria distinción entre análisis extrínseco e intrínseco del texto. Este intento, desde luego, no es nuevo, y crítica de esta orientación la hubo en la América hispánica, aunque con otra visión y programa diferentes, desde el ya mencionado Echeverría, o, más cerca de nosotros, desde Mariátegui y la revista *Amauta*, por sólo mencionar un grupo de trabajadores bien definidos por su coherencia ideológica. Pero la crítica literaria que deseamos presentar aquí nos parece especialmente *diferenciada* por el hecho de que toma como base la postulación marxista de que la literatura (y más generalmente todo el campo de la cultura) es un producto estrechamente relacionado con los proyectos históricos de las clases sociales en Iberoamérica; es decir, se empeña en estudiar la literatura como una *práctica ideológica* (para recurrir al concepto popularizado por Althusser y su escuela), o sea, entiende -y en esto se diferencia de la vieja crítica marxista francotiradora- que el arte y la literatura representan formas *específicas* de praxis que no se pueden reducir a/o derivar directamente de otros niveles de construcción social; se aleja, por lo tanto de la interpretación mecanicista de la teoría del reflejo y de la relación “base-superestructura”. Concretamente, esta *nueva* crítica sociológica propone una revisión radical de la dicotomía forma/contenido; se interesa, ante todo, en la dialéctica de la producción y recepción social, a la vez que del texto literario como tal, y aspira a señalar en la literatura latinoamericana esa “determinación social de la forma” que capta tanto la lógica de la determinación social como la de la forma literaria, que, por ejemplo, Wellek y Warren consideraron como tarea utópica del estudio formalista de la literatura.

Existe ya un número respetable de estudiosos que trabajan en ese sentido, y, creemos, constituye, en efecto, una especie de “escuela”, movimiento o dirección crítica orientada *ad-hoc*, cuya producción se ha publicado en revistas de amplia repercusión en ámbitos académicos. Ignorarlos, por simple disidencia ideológica, equivaldría a un acto de discriminación inaceptable dentro de la libertad crítica de nuestro mundo universitario y profesional, a la vez que evitaría la oportunidad de ensayar, a la vista de un adecuado material reunido, una valoración de conjunto de

esa labor crítica. De modo que la idea de un número especial de la *Revista Iberoamericana* dedicado a dicha crítica tiene por objeto reconocer la legitimidad de todos los métodos críticos y presentar los resultados, a veces muy heterodoxos, de esta *otra* crítica, igualmente válida en sus fines y enfoques, admitida como “unidad compleja” todavía en desarrollo. Importante ha sido para nosotros (quienes hemos preparado este *corpus*) que el material reunido ofreciera cierta unidad y sentido orgánico; es decir, que los textos presentados procedieran de autores que se vincularan más o menos conscientemente con la problemática crítica mencionada y que, de algún modo, se reconocieran entre sí. No se trata, en ningún modo, de privilegiar un tipo de crítica que se ofrece como modelo a seguir, ni de reprimir o negar posiciones contrarias o no aludidas. Simplemente creemos que es propio de una revista del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana el acto de dar como servicio a la opinión en general, a escritores, críticos de la literatura, profesores y alumnos, la mejor y más amplia muestra posible de lo que es dicha orientación crítica, con representación de sus cultores más sobresalientes. No están todos los que son (por ejemplo, no pudieron responder a tiempo a nuestra invitación Carlos Rincón, Rafael Gutiérrez Girardot y Angel Rama, entre otros); pero esperamos que sean todos los que están.

Este número especial ha sido preparado por Alfredo Roggiano, profesor de la Universidad de Pittsburgh y Director de la *Revista Iberoamericana*, con la colaboración de John Beverley, también profesor de la Universidad de Pittsburgh, y Hugo Achugar, del Centro de Estudios Latinoamericanos “Rómulo Gallegos”, de Caracas, durante su estada en la Universidad de Pittsburgh. A ellos nuestra gratitud y reconocimiento.